

Introducción

Faltaban dos días para la entrega de mi libro cuando sucedió: «Esto fue ayer» y mi versión impresa tuvo un giro inevitable. No podía dejar de compartir con ustedes esa maravilla.

Así que, con la ayuda de mi editor, algunos textos encontraron otro lugar para ser leídos: este espacio. No son historias sueltas; son parte del mismo libro, de mi historia, de mí.

Simplemente encontraron otro camino. Un camino acompañado por quienes, sin saberlo, aceptaron ayudarme a rendir homenaje a dos seres que nos muestran el poder del amor en una de sus formas más hermosas.

Soy un poco de ellos y ustedes son un poco de mí.

Gracias.

El Fortín

Volver al colegio fue también volver un rato al Fortín.

Conocí el Fortín de Santa Teresa cuando tenía menos de quince años. Las monjas tenían una casa de retiro allí y, una vez al año, se realizaba lo que llamaban «retiro espiritual». Por supuesto, si bien en el colegio había varones, los retiros eran solo de chicas. Salvo un año en que hicieron la prueba de hacer uno mixto, y fue tal el estrés de las monjas que lo volvieron a quitar.

No recuerdo mucho la casona, pero sí el dormitorio. Un salón inmenso con un corredor central y tabiques con cortinas blancas conformaba el espacio de cada una. El primer cubículo, cerca de la puerta, estaba destinado a la monja que se quedaba a dormir con nosotras; las demás dormían en otro lado. Una cama, una mesa de luz, un crucifijo y una mini ventana eran todo lo que nos correspondía. La travesura consistía en esconderse varias en el «dormitorio» de una y conversar a oscuras hasta que la madre Carmen nos escuchara y viniera a rezongarnos y a mandarnos a dormir.

«Todas las que militamos debajo de las banderas del Rey Jesús y Teresa...» era el himno que, juntando sus dos manos en un aplauso, cantaba la madre Elena mientras recorría el pasillo a las 7:00 a. m. y abría las cortinas de los tabiques para despertarnos. De ahí, a vestirse, cumplir con los quince minutos de oración de Santa Teresa y al desayuno. Actividades de reflexión, rezar, caminar por la playa hasta El Águila, almuerzo, rezar, merienda, rezar, cena y rezar; rezar era lo que conformaba una jornada completa.

Los padres de Laurita, una compañera, tenían un puesto de quesos, así que su madre le daba un

paquete con quesos, fiambres, mermeladas y dulce de leche para que se los entregara a las monjas. La muy inteligente y suspicaz Laurita entregaba todo... menos el dulce de leche. Nada más rico que comernos ese dulce de leche a escondidas, en la hora de «recreación», en aquellos bosques al lado de la casona y con los dedos. ¡Veinticinco chicas metiendo los dedos en los tarros de dulce de leche hasta que no quedara rastro alguno! No recuerdo dónde tirábamos el pote. Tampoco sabré jamás si las monjas lo sabían o si fue una travesura secreta que quedó entre nosotras para siempre.

Los retiros eran instancias de comunión, silencio, diversión y reflexiones que nos unían durante tres días a todas. Nos llevaba en la bañadera Juan, un gallego pelado y bonachón. Íbamos cantando y volvíamos cantando. Veinticinco o treinta chicas con la inocencia que solo se tiene a esa edad, donde las travesuras consistían en comer un dulce de leche a escondidas, juntarse en un cubículo a oscuras solo para que la monja nos viniera a rezongar y donde el mayor desafío era lograr ver a la monja que dormía con nosotras sin su toca. ¡Lo máximo que conseguimos fue verla solo con la cofia!

La comida era austera; estábamos en un convento y haciendo un retiro espiritual. Recuerdo un año en que festejamos varios cumpleaños. A la hora de la merienda nos sentaron a todas en círculo. Era un círculo grande y, en la cabecera, había una mesa. Vimos entrar a la madre Carmen con una torta gigante y rectangular: de frutilla y chantilly (el dulce de leche se lo había quedado Laurita). Cantamos el feliz cumpleaños y la madre Carmen empezó a cortar la torta, que la madre Elena repartía.

Yo estaba sentada del medio del círculo. Empecé a notar que las primeras a las que les servían la torta apenas la probaban. Si no te gustaba, había que comerla igual; era un desplante a la madre Carmen, que con tanto amor había preparado para todas aquella hermosa torta.

Pero... ¿qué pasaba? ¿A ninguna le gustaba? Llegó a mí. Mordí.

La madre Carmen había confundido el azúcar con la sal.

Vicky

Yo vivía en el almacén. Vicky vivía a la vuelta. Su madre y mi papá se conocían de la juventud, del barrio. Nosotras estábamos en la misma clase de sexto de escuela. Pasábamos las tardes en su cuarto escuchando música y charlando. Era fanática de Elton John y de Starsky y Hutch, una serie policial de televisión. De hecho, estaba enamorada de Starsky; yo, de Hutch.

Vicky me pasaba a buscar todas las mañanas a las 7:30; era prolija, puntual y responsable, y tenía cronometrado que a su ritmo (que no era el mío) llegábamos a las 7:45 al colegio para los quince minutos de oración. Era mucho más alta que yo: ella, alta; yo, chiquita. Cada paso de ella eran dos míos, así que caminaba esas seis cuadras al colegio a los saltitos. Nunca se lo dije; si lo hubiera hecho, me habría propuesto pasar a buscarme a las 7:15, y para mí valía más dormir diez minutos que ir a los saltitos al colegio.

Terminamos la escuela y empezó el liceo. Lo hicimos juntas. A ella le gustaba la biología; a mí, las

matemáticas. Así que en cuarto año nos separamos. Llegaron los exámenes; a mí me iba bien en matemáticas y física, calculo que razonar me resultaba más fácil que memorizar. Pero me llevé a Biología. Ya no vivía en el almacén y Vicky también se había mudado. El día previo a mi examen, me invitó a su casa a dormir. Por la noche, me relató el aparato circulatorio con la precisión de un cirujano. Cuando llegó el digestivo, el respiratorio y el nervioso, mi capacidad de atención ya se había agotado. Así que sólo retuve el primero.

Al día siguiente fui al examen. Vicky me acompañó y me esperó afuera; en el camino siguió hablando de biología, pero a mí ya no me entraba nada más. El examen consistió en dos temas a elección: aparato circulatorio o aparato respiratorio, y unas preguntas que no me acuerdo si contesté. Salvé el examen.

Terminó el liceo y cada una siguió su camino. No volví a verla.

Hace poco la encontré: trabajaba en el hotel donde yo me hospedaba. Nos reconocimos enseguida; habían pasado cuarenta y cinco años. Nos pusimos al día.

—Te casaste con José, el amor de tu vida —dijo.

—Sí —le respondí.

Magela y Vero me miraron.

—Te casaste con el amor de tu vida —repitió Magela pasos después, cuando quedamos solas.

Una facultad

Fue en 1984 que empecé la facultad. «Ahí iba ella con su ruana», comenta siempre María cuando habla de mí y de cuando me conoció. Me tildaba de antipática o agrandada, cuando en realidad era timidez. Y aquella facultad me intimidaba todavía más: la Facultad de Ingeniería. Un edificio hermoso, mal mantenido, que en agosto se convertía en una especie de frigorífico. Bufanda, buzo polar, campera, guantes, gorro: nada alcanzaba para amortiguar el frío que entraba por las ventanas rotas que daban a la rambla de las Canteras del Parque Rodó.

Tomar nota de algo que no entendías, con guantes para que no se te entumecieran los dedos y en aquellos bancos que tenían a la derecha un mini escritorio donde apenas entraba un cuaderno, requería, para los zurdos como yo, el ejercicio de contorsionar el cuerpo para llegar hasta él. Los exámenes en invierno tenían no solo el desafío de resolver por lo menos dos ejercicios, sino además el de lograr que la espalda no se endureciera por la contorsión y el frío.

Había clases en aquel salón de actos donde entrábamos quinientas personas, por lo que escuchar al profesor sin micrófono era realmente una tarea de afinar el oído, tratando además de prestar atención y tomar nota de aquello que solo entendían el profesor y los compañeros que venían del Seminario. A la salida, había que pasar por el filtro de aquel baño que parecía no haberse limpiado desde que se había inaugurado la facultad. Lo único confortable de aquel edificio era la cantina, a la que iban todos a jugar al truco. Y digo «iban» porque yo no jugaba.

La clase de Introducción en el salón de actos terminaba a las 23:30 y, a las 7:00 a. m. del día siguiente, ya teníamos Sistemas Operativos con aquel profesor espantoso que iba de ojotas en agosto y con una camisa blanca por fuera del pantalón, al que no entendían ni los compañeros del Seminario. Esa clase era en lo que en aquel momento se llamaba sala 18 de Mayo, anterior Teatro El Galpón, nombre que la dictadura se encargó de apagar y la democracia de devolverle. Yo no tenía problema porque vivía relativamente cerca de los dos sitios, pero para los compañeros que vivían «fuera de Montevideo», era realmente una odisea. Como decía mi amiga María: «Para Claudia, Montevideo es el Parque Rodó». Claramente, calculo que esa noche ellos no dormían.

Pedir hora para usar las computadoras podría tocarte a las 2:00 a. m., a las 5:00 a. m. o, con mucha suerte, a las 23:00. Las tarjetas perforadas las guardabas como un tesoro... ¡Guau! Si se caían en la calle, el programa ya no funcionaba.

Lo más contradictorio eran los exámenes. Lo que podría ser la hora más difícil era, en realidad, casi lo mejor de la facultad gracias a la preparación: Álgebra con María, el Woody y el Fano en su casa en la esquina de Sarmiento. Ahí aprendí mucho más que Álgebra. Aprendí que lavarse los dientes después de comer es bueno para despertarse y poder seguir estudiando. Aprendí de las palomas: yo les tenía fobia y el Fano me prestó un libro que hablaba de ellas, ya que su abuela era aficionada a esas aves. Matemáticas A con Gerald en su casa de Gestido, el mate y las charlas. Matemáticas B con Barreto en su departamento en Minas y Soriano, las cuchetas y el acomodarnos en su cuarto: dos en la cama de abajo y dos en la de arriba, con el cuaderno entre las piernas y las preguntas asomando la cabecita para

escucharnos las cuatro. Otra vez Álgebra hasta salvarla, en casa de Ina, la tía de María, donde aprendí que guardar el sobrecito de té en la heladera lo conservaba mejor. Con Mario nunca estudié. Y con Silvita y Andrea todo el proyecto final para el Patronato de Psicópatas.!!! Par Diez!!!!.

El cese de la intervención militar le dio un giro a nuestro contexto: elecciones universitarias, cambio de programa, asambleas, líderes y decisiones colectivas. En la escalera que llevaba al entrepiso había frases y graffitis, la mayoría políticos. Recuerdo una frase chiquita, metida entremedio, que llamó mi atención: «En la puerta de mi casa planté un ombú. Qué idiota, ahora no puedo salir». Me dio mucha risa. El Galpón volvió a ser El Galpón y Cinemateca el cine de todos. La cantina de la facultad se convirtió en un punto de encuentro: el truco y mucho más. Yo, en realidad, no iba, no jugaba al truco y, además, seguía siendo tímida.

Al final llegó el Patronato de Psicópatas del Uruguay. Nuestro proyecto final fue un sistema para el funcionamiento de dicha institución. Esto implicó algunas visitas al Patronato y muchos ñoquis a la sorrentina en casa de Mario. Discusiones, acuerdos, mesa de ping-pong (yo no jugaba) y muchos fines de semana entre risas y estudio compartido: Gerald, Silvia, Andrea, Mario, Gustavo, Diego y yo. Y así nos recibimos.

Muchas materias, muchas casas, buenos amigos, grandes charlas y muchas risas hicieron que mi pasaje por la facultad fuera mucho más que algo académico. La facultad me dejó mucho más que un título; me dejó buenos amigos, otros compañeros con quienes compartí excelentes momentos y, sobre todo, una etapa que siempre vale la pena recordar.

Mate, manzana y matemáticas

Conocí a Geraldinne en la facultad. Silvia y Geraldinne: un dúo inseparable. Pero Silvia se nos adelantó y algunas materias las estudiamos Geraldinne y yo. Tardes enteras en su casa, en la calle Gestido, entre álgebra, matemática A y algoritmos. Y entre alfa y beta surgían largas charlas que nos llevaban a otro lugar. El mate y la manzana para la dieta. La madre de Gerald subiendo a preguntarnos si precisábamos algo y, de paso, a charlar un ratito. Su hermana mayor, Adriana, cuando llegaba con su tabla de dibujo, nos daba la oportunidad de hacer otro corte en el estudio contándonos alguna anécdota de su jornada. Otras veces su hermano, bastante más chico que nosotras, se daba una vuelta. Y nunca faltaba, el discreto saludo de su padre cuando me iba. Una familia, un hogar. Otro mate, alfa, beta y gama. Y nosotras.

La vida nos llevó por distintos parajes. Y como es caprichosa y hace lo que quiere, nos volvió a encontrar. Un cumpleaños de quince en San Pablo, un viaje a Mendoza del grupete, otro a Bariloche... y los mates empezaron a ser vinos.

Hoy las charlas son sobre lo que la vida nos empezó a presentar. Los exámenes ahora son otros.

1991 Hubo de todo

Cuando volví de Madrid, Silvia y María me esperaban con la sorpresa de estar preparando un viaje para el año siguiente. Andrea no podía sumarse. Serían seis

meses recorriendo Europa de mochileras. En aquellos tiempos, eso era literalmente una locura. [1]

—¡Síiii! —dije enseguida. Tenía los ahorros de Madrid y podía pedir licencia sin goce de sueldo. Ni lo dudé. Era un tiempo en el que no existía internet, ni celulares, ni WhatsApp, ni Google Maps, y mucho menos la inteligencia artificial. Así que nuestros padres nos despidieron en el aeropuerto, sin saber con certeza cuando llegarían noticias. El pacto era que, cada vez que llegáramos a una capital, lleváramos nuestras cartas al correo y retiráramos las que ellos enviaban. Eso sí, había que alinear los astros: podía pasar que alguna carta llegara fuera de tiempo y quedara en el limbo de lo que se quiso decir y nunca se leyó.

Teníamos un presupuesto diario del que no podíamos salir. Silvia me racionaba el PH porque yo gastaba mucho. El almuerzo era un chocolate o un helado y, después, una buena cena de arroz con atún, choclo (que a mí no me gustaba y me terminó gustando a fuerza de necesidad) y alguna que otra cosa que no recuerdo. Los desayunos los hacíamos abundantes. Cuando llegamos a Madrid, nos compramos tres mochilas iguales y de diferente color: fucsia la mía, verde la de María y azul la de Silvita. Y con ellas viajamos seis meses.

Al principio del viaje alquilamos un auto, que era nuestro hogar. A mí se me había ocurrido coleccionar latas de cerveza, que era el gran gusto que nos dábamos.

—¿Qué vas a hacer con esas latas cuando dejemos el auto? —me decía María cada vez que guardaba una.

Cuando dejamos el auto, la valija parecía un supermercado de cervezas.

—¿Andá a saber ahora? —me dijo María.

—Me vas a ayudar a llevarlas.

—Ni en pedo.

Todo fue bien hasta el momento de entregar el vehículo: las latas terminaron en la basura y los rollos de papel higiénico que recolecté de los baños públicos para poder usar a voluntad fueron distribuidos entre las mochilas. Eso sí, me ayudaron a llevarlos.

Después pasamos al tren, los albergues y la carpa. Dormíamos en línea: María a la derecha, Silvia en el medio y yo a la izquierda. Un matrimonio de tres. María tenía el sueño liviano, y a Silvia y a mí siempre nos encantó dormir, así que el asunto era no moverse cuando amanecía para evitar que ella se despertara. María, a su vez, aguantaba lo más que podía sin levantarse, hasta que era inevitable y salía sigilosa:

—Putá madre, hay que levantarse— pensaba yo cuando sentía que se abría la carpa.

Yo me hacía la pelotuda. Silvia se sentaba simulando haberse despertado y seguía dormida en esas posición hasta que María volvía del baño. Entonces sí, empezaba la jornada: desayuno, mapa, plan del día y a disfrutar.

Un desgarro

Cada una tenía su diario de viaje. A veces nos los prestábamos para copiarnos algún lugar que nos había quedado olvidado.

—«Estoy desgarrada» —leyó María en mi diario un día que se lo presté. [1]

Se asustó, habló con Silvia y se preocuparon muchísimo.

—Está desgarrada. Es horrible. ¿Qué hacemos?

No sabían cómo preguntarme y me empezaron a mirar con cara de lástima. Yo me enteré de todo después, cuando al final decidieron encararme:

—Peti, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Estás desgarrada —dijo Silvita con voz angustiada.

—¿Qué?

—Lo leí en tu diario —acotó María.

—¡Juajuajua! ¡Desganada, Mar, desganada!

Y otra vez, como siempre, la risa.

Libretita de direcciones

Cada vez que llegábamos a una ciudad, buscábamos un teléfono público o pinchado, sacábamos cada una «la libretita de direcciones» y ¡manos a la obra! ¿Había algún conocido? María era la que tenía la libreta más cargada, no sé si por familia grande o por ser la más aplicada. El asunto era si alguna tenía a quién llamar: ¡el mangazo sutil de hospedaje!

La mayoría, por no decir todas las veces, tuvimos éxito. En algunos casos se trataba de alguien cercano; en otros, era el primo de la hermana de la cuñada de una concuñada.

—Acá, sí, yo tengo —dijo María esta vez. Estábamos en la Ciudad de la Luz y teníamos una posibilidad de hospedaje. O, quién sabe, algo más.

¡Doña Coca!

Doña Coca era la tía abuela de la hermana de la cuñada del conculado de María. Una señora encantadora que nos hospedó en París. ¡Doña Coca! No solo nos dejó un departamento para nosotras solas, sino que nos llenó la heladera, nos esperaba con la cena y nos regaló tiques de alimentación y los pasajes del tren al centro de París. Pasamos una semana en París al estilo de turistas potentadas. Almorzábamos donde encontrábamos el afiche que decía: «Acepta ticket alimentación». Y, por la tarde, merendábamos una banana split que compartíamos en una cafetería en pleno centro parisino.

París, la Ciudad de la Luz, fue para nosotras mucho más que eso. Fue el lugar donde una familia nos abrazó.

Un destino inesperado

Fue en ese viaje. Estábamos en Roma cuando conocimos a unos cordobeses, estudiantes de ingeniería que viajaban igual que nosotras, pero en una combi. Para ese entonces, todavía andábamos en auto. Nosotras tres.

Recorrimos juntos Roma y, al despedirnos, Ricardo (uno de los chicos) nos contó que seguía para el lado de Asís, a la campiña, a conocer a su familia. Llevaba, como nosotras, una dirección y un nombre: Romanina. Ni él conocía a esa familia, ni esa familia sabía de él. Fuimos juntos a Asís y le ofrecimos llevarlo hasta la dirección, en medio de la campiña de Umbría.

—¿Romanina? —preguntó Ricardo, que tampoco hablaba italiano.

Y una señora encantadora nos recibió. Nunca entendió (o sí, y no importaba) que nosotras no solo no éramos de la familia, sino que habíamos conocido a «su sobrino» hacía apenas tres días. Nos recibió, nos alojó, nos dio de comer como si estuviéramos desnutridas y nos abrió las puertas de par en par con su ternura. Pasamos en aquella casa de campo no sé si una noche o dos.

Lo que jamás voy a olvidar es a Romanina, aquella señora que nos trató como si fuéramos sus verdaderas sobrinas y nos abrió las puertas de su hogar sin saber de nosotras más que lo que veía.

El principio

Dejamos a Silvia en Alemania; se le había movido el piso. Con María nos fuimos a Londres, con la ilusión de trabajar en un McDonald's para poder seguir viajando, pero ninguna de las dos hablaba inglés. Así que quedó en ilusión y volamos a Madrid, donde nos encontramos con Silvia para pasar las fiestas. Bacalao en Santiago con la familia de Silvia, mi viaje a Coristanco y el regreso.

Fue al final del viaje que con María nos fuimos a La Coruña. Mis abuelos paternos eran los dos de allí, de Coristanco. Así que, solo con ese dato, salimos en busca de algún familiar.

Coristanco eran tres o cuatro casas sobre una ruta, no mucho más. O, al menos, así lo recuerdo. Tocamos en una:

—Soy Claudia Pena, nieta de Rosa Carvidón y Ramón Pena —era mi discurso.

Una señora muy desconfiada nos abrió apenas una rendija de la puerta. Al rato trajo una foto: era mi abuela.

—¡Mi abuela! —le dije, totalmente sorprendida.

Era mi abuela, pero ya anciana. La señora de la foto era su hermana, es decir, la madre de la mujer que me había abierto la rendija. Yo estaba excitada, sorprendida, qué sé yo. Pero la doña no pensaba dejarme entrar ni abrirme las puertas de su casa ni de su corazón. Me pidió un teléfono de Uruguay y el nombre de mi padre, y se fue, cerrando la puerta tras de sí. Quedamos en la vereda y yo repetía, como si hubiera visto a los Reyes Magos:

—Es mi abuela.

Al ratito salió. No me dejó entrar, pero me dijo que volviéramos el domingo. Y eso hicimos. Toda una familia nos esperaba; eran un montón. Yo no podía creer aquella escena. Ahora sí, me abrían las puertas de su casa.

La señora desconfiada, de quien no recuerdo el nombre, era prima de mi papá. Nos mostró toda la vivienda: un estar gigante, antiguo, con una estufa-cocina en una esquina.

—Acá nació tu abuelo; en esa estufa se calentaba el agua para el parto —me dijo.

La de la foto era mi abuela. ¿La casa donde nació mi abuelo? Ahora que lo cuento, no lo entiendo, pero así fue. Recuerdo esa tarde con mucha conmoción. Yo estaba excitada, esa es la palabra. Todo aquello era un asombro.

En eso vino un señor:

—Igual a mi tío José —comenté.

—Es un vecino —me dijeron.

Metí la pata. ¡Con lo que me había costado ganarme la confianza! Pero no importó: ya me la había ganado o, mejor dicho, la señora desconfiada había llamado a Montevideo y hablado con mi papá.

—Con lo que nos costó que nos abriera y vos saltás con que un vecino es igual a tu tío —me rezongó María después.

Es que era igual. Papá y ella siguieron en contacto por un tiempo; en realidad, era la señora quien lo llamaba de tanto en tanto.

En Coristanco, aquella mujer desconfiada resultó ser una tía. En Coristanco había una familia cercana. La dejé allá. Nunca más supe de ellos, ni ellos de mí. Coristanco era el único dato que tenía antes de ir. Ese lugar tan lejano que mis abuelos dejaron una vez. El principio.

18 horas

Era la época en la que íbamos a acampar Gabi, Mara, Paula y yo a La Paloma: el parque Andresito.

El viaje era en tren: dieciocho horas para llegar a La Paloma, a cuatrocientos kilómetros de Montevideo. Casi el mismo tiempo que lleva ir en avión a Madrid. Guitarras, charlas, risas, dormir, comer... Todo en esa inmensa comunidad de jóvenes que no se conocían, pero que durante esas dieciocho horas eran como parte de una misma familia: la de los estudiantes que íbamos a acampar al parque Andresito. Carpa, mochila, algunas provisiones y Marita: la Biblia, que nunca faltaba cuando las vacaciones eran en Semana Santa.

El tren iba a paso de hombre. Algunos muchachos bajaban y corrían un poco al lado de los vagones, no sé si para hacer ejercicio o para llamar la atención de algunas de las chicas que, como yo, estábamos en esa preciosa edad de relacionarse.

Fue en el viaje de vuelta cuando, en la estación antes de que arrancara el tren, yo, atropellada como era a los veinte años, fui a comprar unas bebidas y, de puro atropellada, me le colé a un chico bastante más formal que yo.

—Ay, me colé. Disculpá.

—No es nada, pasá.

Ese fue nuestro diálogo. El chico serio subió al tren con un grupete de amigos.

«Es para Paula», pensamos todas. Parecía mucho más del perfil de Paulita que del mío. Pero, como las cosas no siempre son como parecen, intercambiamos teléfonos y, a los pocos días, me llamó. Ni sé por qué

acepté la invitación. Lo cierto es que salimos algunas veces. Me venía a buscar a Chaná —mi palacio de un dormitorio del que ya hablé muchas veces— en una camioneta beige. Era callado y demasiado formal. No recuerdo mucho más; sí que era callado y serio. Salimos un tiempo.

Hace unos años, entraba al Banco República, igual de atropellada que en aquella estación de La Paloma pero con veinte años más, cuando escuché una voz:

—¡Claudia Pena!

Una voz firme y seria —igual de seria que en aquella estación—, pero más adulta. Me di vuelta y era Luis Pedro, aquel joven serio, ahora afirmado por los años. Nos saludamos con la calidez de quien se conoce de toda la vida. Se había casado y tenía hijos. Charlamos un ratito y nos despedimos. Son esos encuentros cálidos que te devuelven una parte de tu historia en cinco minutos.

El otro día estábamos cenando con Gabi y Paulita.

—Che —me dice Paula—, ¿a que no sabés con quién estuve?

En un evento se había encontrado con Luis Pedro. Me narró su encuentro casi con la misma vivencia con la que yo había experimentado el mío en el Banco República. Se lo comenté a Paula y agregué:

—Es una preciosa persona.

Paula, con su racionalidad de siempre, me dijo:

—Yo no lo conozco, en realidad.

Y es verdad: yo tampoco. Pero si alguien con quien compartiste solo dieciocho horas en un tren hace más de treinta años vuelve a cruzarse en tu camino y el

encuentro es grato y cálido, para mí es una preciosa persona. Tan solo por dejarme esa sensación hermosa y el grato recuerdo de lo compartido.

Muslo o pechuga

Hacía poco que había cambiado de trabajo. Me habían despedido del empleo anterior y una colega me llamó para sumarme a un proyecto.

Almorzábamos en la cantina. Cuando había pollo yo pedía pechuga, y cuando había pastel de carne lo pedía con pasas. No me gustan las pasas de uva.

—¿Por qué lo pedís con pasas si después las sacás?
—me preguntaron una vuelta.

—Porque me gusta el sabor que le dejan al pastel.

Se organizó un asado de bienvenida en casa de Magela. Presentamos a nuestras parejas. El asado lo hacía el padre de Magela y, a la hora de servir, me preguntó:

—¿Muslo o pechuga?

—Muslo —se adelantó José.

—¡Pechuga! —dijeron al unísono Vero y Mage.

Todos me miraron. Parecía que había cometido un delito y debía declarar. Quedé como en el banquillo de los acusados: muda, sin argumentos, con el padre de Magela sosteniendo un muslo en una mano y una pechuga en la otra. Todos congelados, esperando mi respuesta.

—Si a vos no te gusta la pechuga...

—Si en la cantina siempre pedís pechuga...

Alcé los hombros en ese gesto típico de «no sé». Todos nos reímos. No tenía demasiada explicación para dar. Ni la tengo. Era así.

Pasaron veintiséis años de este episodio. Hubo pérdidas, tristezas, desencuentros. Aun así, esa risa nos sigue acompañando. Mage, Vero y yo.

—¿Muslo o pechuga?.

Una clase de natación

Estábamos en la facultad cuando con María y Silvia decidimos empezar gimnasia. Nos anotamos en el Juventus. María y yo hacíamos gimnasia de 19:00 a 20:00, mientras Silvia iba a natación. Al salir, nos encontrábamos las tres y nos íbamos al Subte: muzzarella, fainá y cerveza; al lado estaba La Cigale y ahí venía el postre: helado de chocolate y dulce de leche granizado para María y para mí; Silvia, frutilla y limón.

A Silvita, que vivía entre arenas movedizas, se le movió el piso (era su expresión para decirnos que se había enamorado). Esta vez fue con el profesor de natación. Así que, al poco tiempo, María y yo caímos en sus redes y fuimos a probar la clase de natación.

Yo le tenía terror al agua, así que mi experiencia se reducía a dar brazadas en la playa donde, por supuesto, hiciera pie. Si no tocaba el suelo, entraba en pánico. Pero mi soberbia era muy superior a mi miedo, así que, ante la pregunta del profesor: «¿Sabés nadar?», mi respuesta fue firme, clara y contundente: «Sí».

«Entonces, primer andarivel», me respondió.

María, que por cierto es mucho más humilde y sensata que yo —a pesar de que braceaba en la playa mucho mejor y no se aterraba cuando sus pies no tocaban el fondo—, respondió: «No». Y el profesor le indicó el último andarivel.

Venciendo el miedo, me tiré a la piscina del Juventus y empecé a nadar como si fuera Esther Williams en La sirena del millón de dólares. No pasaron más de cinco minutos cuando un silbato sonó en esa inmensa piscina llena de gente nadando.

«Para mí no es», pensé en mi versión Esther Williams, así que hice caso omiso.

Al llegar al borde, el profesor —el nuevo amor de mi amiga Silvia— me esperaba al pie de la piscina haciéndome señas de que saliera. Me extrañó, pero con mi humilde soberbia y mi orgullo intacto, salí del agua. Me esperaba con uno de esos flotadores de plástico horribles que les dan a quienes no saben nadar y me señaló el último andarivel. Sorprendida, pero callada, arranqué caminando en la dirección indicada cuando, en el camino, me crucé con María, que iba rumbo a mi andarivel de origen.

Fue mi primera y última clase de natación.

Decolando

Andrea, Alberto y Nadine llevaban tiempo viviendo en San Pablo.

Había sido el cumpleaños de Andrea y, en complicidad con Alberto y Nadine, decidimos caerle de sorpresa. Un chofer fue a buscarnos al aeropuerto y, con la colaboración del portero, entramos al edificio. Alberto había dejado en el garaje una caja de heladera para escondernos las tres. Silenciosas y entre risas, la armamos en el hall de distribución del apartamento y, alineadas una detrás de la otra, nos metimos con la intención de tocar timbre y que Andrea solo viera un paquete.

Estábamos listas cuando nos dimos cuenta de que alguna iba a tener que tocar el timbre. Silvia, que estaba primera, sacó su dedito por una ranura. ¡Ups! Habíamos quedado lejos. Tentadas dentro de la caja, con esa tentación que tiene que ser silenciosa, como cuando te reís en un ascensor, nos pusimos a pensar. Resolvimos dar pasitos cortos y bien coordinados para que la caja no se desarmara. Nos costó, pero llegamos.

Cuando Andrea miró por el ojo de la puerta, se asustó:

—¡Nadine! —oímos que gritaba con voz aterrada.

Miraba por la ranura y volvía a gritar. No pensaba abrir.

Nosotras, dentro de la caja, nos reíamos intentando no movernos. Fue Nadine la que terminó abriendo la puerta.

—¡Sorpresa!

Salimos de la caja. Andrea pasó del terror a la alegría, al asombro y a la emoción en segundos.

Al día siguiente salimos temprano para Montevideo, con escala en Porto Alegre.

—Estén atentas, no vayan a perder el avión —nos dijo varias veces Andrea.

Llegamos al aeropuerto a media mañana. Teníamos una espera de un par de horas, tiempo suficiente para recorrer las tiendas del free shop, probarnos y comprarnos las tres unas sandalias de goma con brillantina: tres modelos y colores diferentes, para no andar iguales.

Se acercaba la hora de embarque, así que fuimos hacia la sala. Recordando lo que nos había dicho Andrea, nos sentamos al lado de la puerta de embarque. Al lado, al lado.

Estábamos charlando —como si no hubiéramos pasado el fin de semana juntas— cuando se empezó a formar una cola.

—Yo no sé cómo pueden viajar con esas sandalias de taco.

—Las brasileñas son geniales, mirá esos tacos.

Nos sorprendía cómo podían viajar con esos tacos; nos parecía poco práctico y, a su vez, admirable.

En esas estábamos cuando la fila se empezó a mover. Nosotras, concentradas en las sandalias de las viajeras. En un momento, la sala de embarque quedó vacía y, por el ventanal, vimos un avión que despegaba.

Nos miramos y salimos las tres disparadas para lugares diferentes: algo había pasado y nos lo habíamos perdido.

—¿Decolando? ¿Qué quiere decir decolando?

—Montevideo —nos dijo el único señor que quedaba en la puerta de embarque.

Silvia y yo estallamos en risas. María, por un momento, se enojó. Un enojo que duró lo que dura un vaso de agua fría en tus manos cuando tenés mucha sed. Y las tres, en medio de aquella sala de embarque vacía, estallamos en una risa que, a esas alturas, ya era un canto de diversión.

El retorno a casa se postergaba un poco más y un día recorriendo Porto Alegre nos esperaba. El próximo vuelo era por la noche.

Mientras tanto, en Montevideo, dos llamadas telefónicas.

Una internacional. En Montevideo, una respuesta:

—¿Otra vez?

En la siguiente llamada, ahora local, un aviso:

—José, volvé para tu casa, perdieron el avión.

Not understand

Woody estaba trabajando en Canadá, específicamente en Ottawa, y fui a visitarlo. De Woody podría escribir literalmente un libro entero: mil anécdotas y cada cual más rica. Pero hoy me vino a la mente mi visita a Canadá y la noche del casino.

—Esta noche vamos al casino —me dijo cuando lo despedí por la mañana. Él se iba a trabajar y nos encontraríamos a las 19:00 en la puerta del casino.

Llegué un poco tarde, como siempre.

—Llegaste tarde —me dijo con la seriedad que había adquirido en Canadá con respecto a los horarios (el Woody, como yo, era de esos que nunca llegan en hora a ningún lugar).

—Ta, Wowo, no jodas —le contesté.

—¿Qué hacés así? —me preguntó con cara de horror.

—¿Así, cómo?

—Así vestida.

Me esperaba con su saco blanco impecable y un pantalón azul oscuro. Woody tenía esa cosa de galán de cine; cuando jugaba a serlo, su vestimenta era impecable. Yo venía de pasear todo el día, fascinada con todo lo que había visto: de mameluco de jean, remera rayada azul y blanca, championes amarillos, la cámara de fotos colgando del cuello y una mochila roja en la espalda. Su cara de horror fue espeluznante.

—Vengo de pasear, Woody.

—Así no vas a entrar al casino.

Paró un taxi (jamás tomaba ómnibus) y nos fuimos a su casa para cambiar mi atuendo. Me lo eligió; no sé bien qué me puse, pero seguramente quedamos los dos listos para un portal cinematográfico. Otro taxi y al casino.

Yo aluciné. El único casino que conocía era el de Piriápolis, así que aquello me sorprendió. Saqué la cámara de fotos y empecé a retratar todo cuanto veía, con la frescura que da la inconsciencia.

—No saques fotos, Peti, no se puede.

—No jodas, Wowon, no pasa nada —le decía, mientras mi cámara seguía disparando fotos. Cuando fuimos a la mesa, la guardé.

Llegó la hora de irnos. Había una escalera mecánica para la salida. Abajo, un gigante de traje negro y con audífono en el oído nos esperaba al pie de la escalera.

—Te dije, te dije, vamos presos —repetía el Woody con esos nervios y la vulnerabilidad que le brotaban cuando una situación lo aterraba.

—Vos callate —le dije—, no abras la boca.

Llegamos al pie de la escalera y el hombre en inglés me decía, supongo, que abriera la cartera.

—Sorry, not understand —era todo lo que yo pronunciaba.

El señor, un poco más alterado, me señalaba la cartera y repetía algo en inglés que yo no entendía. Woody tenía prohibido hablar.

—¡Ah! —dije (era imposible no entender que me pedía que abriera la cartera)—. Sorry, not understand —repetí abriendo el bolso.

Me hizo señas indicándome que había sacado fotos, así que saqué la cámara.

—Sorry, not understand, fotos.

Me quiso sacar la cámara y yo, en mi inconsciencia, insistía:

—No, no. Sorry, I don't understand.

No sé si le di lástima, si percibió mi inocencia o si fue pura suerte, pero el señor me devolvió la cámara y, en un inglés que sí entendí, me dijo: «Vayan, no se pueden sacar fotos».

—Thank you, thank you. I don't understand.

Salimos del casino y un estallido de risas nos abrazó.

Elecciones universitarias

Las elecciones universitarias son esos momentos que, como todo en la vida, tienen sus etapas.

Cuando sos estudiante es un día especial: una fiesta, un compromiso y también la responsabilidad de elegir lo que uno cree que es mejor para los estudiantes. Hay militancia, discusiones, especulaciones y un auténtico deseo de que se elija lo mejor. La facultad se viste de fiesta, los militantes trabajan a capa y espada defendiendo sus ideales y algunos intentan convencerte de que la suya es la mejor opción: socialistas, comunistas, CGU. Y llega el día de las elecciones. En la puerta, los compañeros militantes con sus listas te indican también en qué salón votar. Mayarí, con su dulzura, su pelo largo y su mirada tierna, me entrega su lista.

Te recibís y, entonces, las elecciones empiezan a convertirse en ese momento de encuentro con los que un día se sentaron en tu mismo salón. Los primeros años tenés claro qué lista votar. Los años van pasando y, en las listas, ya no ves a ningún conocido.

—Silvia, ¿qué lista voto?

—La de la FEUU.

Un día te das cuenta de que ya no sabés cuál es la de la FEUU. Ya no es Mayarí la que me da la lista.

Apurada caminaba por Reissig rumbo a la Facultad de Ingeniería cuando vi que, por el trillo del campito que corre paralelo a la vereda, avanzaba una fila de hormiguitas (hormiguitas para mí, porque iba sin lentes). Iban en dirección contraria a la mía y a la de la facultad. ¿Qué hacía toda esa gente por ese trillo, en sentido contrario al edificio? ¿Adónde iban? ¿Por qué no iban por la vereda?

Llegué a la entrada principal, subí las escaleras llenas de estudiantes militantes repartiendo sus listas y busqué a alguien para preguntar en qué salón me tocaba votar.

—¡Peti, Peti! —escucho que me llaman.

Era Geraldinne. Estaba en una mesa indicando en qué salón le tocaba a cada uno.

—Geri, ¿dónde voto?

—En el Aulario, Peti.

—¿Dónde?

—En el Aulario.

—¿Qué? ¿Y eso dónde está?

La explicación de Geri fue clara: el trillo. Era el trillo.

«No», me dije, «yo no soy una hormiguita. No voy a seguir ese trillo». Así que salí del edificio de la Facultad de Ingeniería —que para mí era el único—, bajé las escaleras esquivando a los estudiantes que entregaban sus listas y volví por Reissig, con el pecho hinchado como si fuera la reina del Carnaval. Jamás el trillo. Aunque fuera más corto.

Caminé por Reissig, desandando el camino que me había llevado al edificio de la Facultad de Ingeniería, y me dirigí al Aulario. Al llegar me encontré con las hormiguitas, que como yo, eran egresados y ya no votábamos en el edificio principal.

Esta historia no acaba ahí. El año pasado, cuando fui a votar, con ese orgullo guarango y sin sentido, me dije: «Voy directo para el Aulario, evitando la subida por Reissig al edificio principal. Yo el camino corto del trillo no lo voy a hacer».

Al entrar, una jovencita muy amable me recibió:

—Señora, ¿sabe en qué salón vota?

—No, ¿te animás a decirme?

—Dígame su cédula.

Se lo di.

—Le toca en el salón 24 del Edificio principal me respondió la jovencita. ¡En el Edificio principal! ¿Pueden creer?.

Acampar con lluvia

Estaba en la azotea de Ale, bajo el techo de zinc con esterillas por debajo, cuando se largó la lluvia. Mis últimos días de lluvia habían sido en el departamento de Punta, viéndola caer detrás del ventanal del living. Hoy, enero, verano y calor, amaneció nublado y subí a la azotea. Las nubes negras me invitaron a ponerme bajo techo y empezó a llover.

Me vinieron a la mente los días de lluvia en los campamentos.

El parque Andresito en época de facultad, cuando la lluvia nos hacía pasar la tarde en una carpa jugando a las cartas. Pero hoy me acordé más de los campings de Punta del Diablo. Con José, en Carnaval, solíamos acampar los primeros días, cuando los ranchos disparaban sus precios. Acampábamos en el camping de la calle Santa Teresa, en Punta del Diablo; nos quedábamos ahí un par de días y después, cuando los precios volvían a la normalidad, alquilábamos algún rancho para completar las vacaciones.

Los días de lluvia, cuando eran uno o dos y la tormenta era mansa, se llevaban bien. Sentarse a desayunar en el porche de la carpa sabiendo que lo hacías de puro gusto y no por necesidad era un placer (aunque a los veinte, con tus amigos, también lo fuera). Sentir la lluvia y tomar la leche calentita en la humedad de un camping siempre es un disfrute. La siesta y algo más, sintiendo el agua fuera de la carpa, era delicioso. Las siestas y algo más que, con los

años, eran solo siestas sintiendo la lluvia fuera de la carpa, eran igual de deliciosas.

El colchón inflable, que nunca se inflaba del todo, era una especie de sube y baja que te dejaba en la cima o directamente en la dureza del piso de arena. José se encargaba de hacer zanjas para que el agua no entrara. Si la lluvia era mansa, se disfrutaba; cuando no, era un problema. Un par de veces se nos mojó la carpa por dentro y eso sí que no era lindo. Igual, siempre estaba el refugio del auto. Un refugio con el que no contábamos en la época de facultad, cuando había que pasar la noche sentados y amuchados en el centro de la carpa mientras la tormenta azotaba afuera.

Acampar a los cuarenta años, en auto y con poder adquisitivo, por el mero placer de acampar, no es lo mismo que hacerlo a los veinte, sin auto y por el hecho de ser la única posibilidad de unas vacaciones con amigos. Igualmente, con sus diferencias, los dos momentos tienen el mismo encanto.

A los veinte: arroz con atún, fideos con arvejas, vino de caja o cerveza, el infaltable café con leche, el asiento en el tronquito que dejó el que acampó antes, el sobre de dormir, las guitarreadas y el fueguito que prendían los vecinos y al que nos arrimábamos para charlar. Lo compartido con el resto de los jóvenes que están igual que vos en alguna carpa vecina.

A los cuarenta: la historia es otra. Almorzás afuera, cenás carne y chorizos a la parrilla, tomás whisky o un buen vino, y te sentás en la silla playera que pudiste llevar porque fuiste en auto.

Ahora bien, la música colectiva, el olor a humo del asado, el fueguito por la mañana para secar la ropa que se mojó, la cola en el baño y la extraña mezcla de

personas que forman una familia común en un parque de mil metros cuadrados son los mismos a los veinte que a los cuarenta.

Y es que acampar, un día de lluvia o de sol, es como volver a la esencia misma del disfrute de la naturaleza sin adornos y de la vida en comunidad sin elección.

La Comarca

Fui por primera vez a «La Comarca» de visita, cuando todavía vivía en Montevideo. Un bosque de pinos la rodeaba. «Peti, te voy a buscar. Madi está haciendo risotto», me escribió Luis una mañana cuando yo ya estaba viviendo en su casa, acá en Punta del Este. Era un sábado, hacía frío y estaba nublado. Tan nublado como estaba mi mente esa mañana. «Te espero», respondí.

Luis vino a buscarme. Cuando llegamos, Madi, con sus perros y sus gatos, me esperaba con un delantal puesto y una vincha ecoprint hecha por ella misma. «El risotto lleva tiempo, pero me gusta hacerlo en el día. ¿Qué tomás?». «Una cervecita». Al principio tomábamos vino; después, cambiamos a la cerveza. «Es que nos cae mal el vino», me dijo Luichi una vez.

Charlamos mucho y de todo. De la vida, de sus hijos, de las familias, de lo heredado y lo propio, de los errores y de las desilusiones. Siempre charlamos mucho. Las horas pasaban como si el tiempo no corriera, y compartir la jornada era como estar en casa, en familia. Comimos el risotto «emplatado», como dice Madi, con almendras tostadas y brotes de soja crujientes. Estaba delicioso, como deliciosa estaba la tarde. Seguimos charlando, riéndonos y a veces, por qué no, también dejando caer alguna lágrima.

«Peti, ¿y si te quedás?», me dijo Luis cuando se había hecho de noche y seguíamos los tres en aquel estar pequeño y acogedor de su Comarca. «Y... sí, ¿no?». Y me quedé.

Madi me preparó «el cuarto del bosque», como ellos le llaman. Un cuarto prestado que esa noche era mío. Y sus dueños, sin saberlo, me lo prestaron otra vez:

Santi, Bruno y Fede, ahora por el mundo, descubriendo y creando su propia vida mientras yo les ocupaba la habitación.

Al día siguiente llegó el desayuno con Luis, y el café de Madi un poco más tarde. Y nuevamente las charlas. «¿Se nos pasó el finde?», dijimos los tres al caer la tarde de aquel domingo, que sí había estado soleado.

La Comarca: un hogar escondido en un bosque donde sale el sol aun en días nublados.

Estrellas

Cuando el Woody se fue a Alemania, hicimos un trato: «Cada 31 de diciembre, cuando sean las doce, mirá una estrella y alzá la copa, así brindamos juntos por los dos y por un año nuevo para los dos».

Cada año repetíamos el ritual. Era nuestra forma de brindar juntos. Yo solía mirar siempre la misma estrella: el lucero. Bueno, creo que es el lucero; la que más brilla desde acá. Ahora suelo mirar esa misma estrella cuando quiero charlar con Wowon; le pregunto y él me contesta, y así charlamos los dos. Una estrella.

Los otros días, mirando el cielo estrellado, me dio por pensar en ellas. Están las que están siempre con su brillo y su luz; incluso con el cielo nublado, igual siguen ahí. Y también están las otras, las fugaces: pasan, te regalan su luz y siguen su rumbo; aún así, también se quedan para siempre.

Una llamada

—Penita —me decía cada vez que llegaba tarde. Pocas palabras y, aun así, compartimos lindas charlas.

Adriana, callada y siempre atenta:

—Penita, el dobladillo —me decía, alcanzándome una aguja e hilo para coser el mío, que no me había dado cuenta de que estaba descosido.

Compartimos trabajo y charlas. Ella llevaba años en ese puesto y sabía los pormenores de muchas cosas. Excelente profesional, me enseñaba todo lo que podía, transmitiendo su conocimiento con sencillez y eficiencia.

Dejé la oficina y dejamos de vernos. Cada tanto nos mandábamos un WhatsApp con la promesa de un encuentro que nunca cumplimos. Sin embargo, hace unos años me llamó para ofrecerme un trabajo; se lo habían propuesto a ella y se acordó de mí. Cuando cumplí sesenta, le avisé unos días antes de mi festejo, sencillamente porque lo decidí sobre la fecha. Y allí estuvo presente; vino a darme su luz por un ratito.

Las tres Claudias

—Ahí se sienta «Bichi» —me dijeron en mi primer día en mi nuevo trabajo—. Ella llega cuando quiere.

«Bichi», pensé. ¡Qué sobrenombre!

—Buen día —escuché al rato.

Me di vuelta: un sombrero colorido, una falda estampada y una mochila al hombro eran el atuendo perfecto para ese personaje que me sedujo al entrar por su personalidad y su cautivadora presencia.

—Ella es Claudia, la nueva compañera.

—Bienvenida, yo también me llamo Claudia.

Y desde ese momento en adelante, nos fuimos convirtiendo de a poco en confidentes, compinches y colegas. Me enseñó mucho. Rápida, resolvía los problemas de laburo con la misma agilidad y certeza con la que planeaba sus viajes. Pasamos a ser «las dos Claudias». Compartimos charlas en la oficina, en la cantina, en los pasillos y, sin querer, formamos un pequeño bloque que consolidaba risas, distracción y trabajo, sin descuidar ninguna de las tres cosas.

Pasó un tiempo y me llamaron para un proyecto en el que ya había estado años antes. En mi primer día, me mostraron mi nuevo escritorio. Al lado estaba el de una compañera que todavía no había llegado.

—Ahí se sienta «Claudia» —me dijeron—. Llega cuando quiere, como vos —acotaron después.

Y al rato llegó. Era una chica bastante más joven que yo: pantalones y una camisa blanca; sencilla en su vestir. Sin cartera, dejó el celular y sus llaves en el escritorio.

—Ella es Claudia Pena —le dijeron.

Me miró sorprendida.

—Hola —me dijo. Y nada más.

Pasaron los días.

—¿Vos sos Claudia Pena? —me preguntó una tarde.

Me conocía porque mi nombre aparecía en los programas de informática que ella mantenía. Conversábamos mucho y, al igual que la otra Claudia, parecía vivir en otro mundo. Pero cuando había que

resolver un problema, era práctica, inteligente y segura; no necesitaba demostrar lo que sabía.

Cuando dejé ese trabajo, nos despedimos con un «nos vemos», al que ella respondió:

—No vamos a vernos más.

Y tenía razón. No volví a verlas, a ninguna de las dos. Tres Claudias que por un rato fuimos dos. Y una.

Un WhatsApp

Hace un par de meses recibí un mensaje de WhatsApp: «Clauditaaaaa, sáquenme de esta lista multitudinaria, pliss». Era un número desconocido. Miré la foto de perfil. ¡Era Pablito! Está igual; solo que pelado en vez de melenudo, pero con su misma sonrisa.

Nos conocimos hace más de treinta años. Compartimos trabajo. Es de esas personas con las que charlar es tan delicioso como comer un postre de chocolate a media tarde.

—Penita, no me pidas que vaya —me decía cuando le insistía para que fuera a algún asado—. No me voy a comprometer. Si tengo ganas voy; si no, no.

Esa era su respuesta: válida y honesta.

Estábamos un día en casa, reunidos unos cuantos; esta vez él había ido. Cuando entró Vero, me preguntó sorprendido:

—¿Quién es?

—Mi hermana, ¿por qué?

—Estoy enamorado de ella. La veo siempre en el bondi y nunca me animé a hablarle.

La flaca, en realidad, nunca lo había visto.

Dejamos de vernos. A veces nos mandábamos algún mail y la prometida cerveza que nunca nos tomábamos. Me llamó para contarme cuando nació su primer hijo, Genaro, hace más de veinte años. Lo recuerdo patente porque me dio una inmensa alegría, no solo por su paternidad, sino por el hecho de que tuviera la delicadeza de llamarme para contármelo. Aun así, yo no tuve la delicadeza de ir a conocer a Genaro.

Chateamos un rato. Nos prometimos la cerveza que no nos vamos a tomar. Y volví a encontrarme con ese amigo que está por ahí, cerca, en alguna parte de El Pinar. Ese amigo al que encontré una vez, hace muchos años, y que habita en alguna parte de mí. Y ahora, en ese chat, dijo presente por un rato.

Unas medias amarillas

Hace más de treinta años, en una de esas vacaciones con amigos, Silvia B. me prestó unas medias. No me acuerdo bien si hizo frío y yo no tenía, o cuál fue la razón. Eran unas medias de algodón amarillo mostaza intenso. Calentitas, suavecitas. Preciosas.

Hoy esas medias siguen conmigo; nunca se las devolví. Un poco por boludez, un poco por olvido, qué sé yo. El asunto es que aún hoy están conmigo. Y más: las uso. Ya no son de ese amarillo mostaza ni tan ajustaditas; tienden a un amarillo pálido y tienen el elástico vencido, pero mantienen la calidez, la suavidad y el encanto que hacen que me las siga poniendo. Ya no para salir, pero sí para estar en casa, cómoda y calentita.

Silvia B. ya hace unos años se fue de Uruguay. En su viaje por este plano, aterrizó en Brasil, donde vive en comunidad con otros tantos locos lindos a quienes no conozco. Sabemos de ella por María, amiga común, pero más cercana a Silvia B.

El otro día le comenté a María que todavía tenía esas medias.

—Ay, le voy a contar a la flaca, se va a reír mucho
—me dijo María.

Llegué a casa, saqué una foto de las medias y se la mandé a María. A los pocos días recibí, a través de ella, un mensaje de Silvia. Me tocó el alma. Se reía y mencionaba que no podía creer que esas medias siguieran en danza; que las había buscado, claro.

«Seguimos siendo las mismas», fue lo que pensé. Porque cuando dos almas se tocan, no vuelven a separarse. Su luz está con vos; es parte de vos. Son esos seres que se cruzan en tu camino y quedan para

siempre. Uno no lo sabe, a veces, o no lo registra, porque la vida nos hace caminar y seguir. Y cuando llega un mensaje como el de Silvia, te lo recuerda, te refresca esa partecita de ella que habita en vos. Unas medias que no devolví y una parte de Silvia B. que queda conmigo.

Julieta

Conocí a Julieta cuando trabajábamos en la oficina. «Pena, cuando lo termine lo entrego», solía decir con solemnidad y sin aparente estrés cada vez que le preguntaban cuándo entregaría su trabajo. Bastante más joven, morena y elegante, se destacaba por su mentirosa seriedad. Fue cuando dejamos el trabajo que empezamos a compartir mucho más. Con un gusto delicado por la música y el buen comer, me invitaba a conciertos que terminaban siempre en algún lugar —que, por cierto, debía ser gourmet— comiendo algo delicioso. Y así la conocí: ya no a esa chica seria y formal, sino a la verdadera Julieta. Descubrí músicos que no conocía; algunos me gustaron, otros no. Hace un tiempo que no vamos a conciertos; aún así, de tanto en vez, llega un mensaje: «Pena, ¿cómo estás?». Mi promesa de vernos se mantiene en pie.

Un concierto

Este fin de semana vinieron las gurisas. Salimos a pasear. Yo había salido de short y remera deportiva; la idea era caminar y después comer algo. Pero a la tarde resolvimos ir hasta el MACA. Nos encontramos con que había un concierto del Sodre al atardecer y nos quedamos. La vestimenta de la gente era variada, pero muy pocos —por no decir solo yo— andaban con equipo deportivo.

Estábamos sentadas casi en la última fila. En el intervalo, siento una voz a mis espaldas:

—¿Qué hacés así vestida?

No lo podía creer: ¡Flavio! Hacía más de veinticinco años que no lo veía. Me paré a abrazarlo.

—¿Vos te ves? Estás igual, pero ¿qué hacés así vestida? Yo con Atchugarry y vos así vestida... ¿Había una maratón y no me enteré? ¿Qué hacés así vestida?

Agarrados de la mano y embriagados por la risa —esa risa que no te deja hablar—, no pudimos hacer más que eso: él repitiéndome con todo su humor «¿qué hacés así vestida?» y yo sin poder parar de reírme.

—¡Shh! —nos retó María. María siempre nos retaba.

Entonces, por un ratito, volví a estar ahí: en un pasillo de una oficina, en su casa o en la mía, en lo de Woody, en la escuela con María, en un café, en la calle. Una frase, dos palabras, un cruce de miradas... y la risa. Y en esa risa: todos.

Rosa otra vez

Fue este año. Era la semana de Carnaval. Nacho, mi sobrino, planeaba sus vacaciones. Habíamos hablado en algún momento de ir a Rosa en Carnaval, pero como ni él ni yo somos muy planificadores, descarté la idea cuando vi que se acercaba la fecha y el flaco no daba señales. En realidad, tampoco quería interferir. Esta vez, si iba, era más por acompañarlo que porque yo quisiera vacaciones. Estaba sin trabajo, la plata se me estaba acabando y viajar no era un buen plan.

El sábado previo a Carnaval supe por Vero que Nacho andaba por Punta del Este. Me quedé contenta, esas cosas de tía que quiere que los chicos siempre se diviertan. Esa noche fuimos a un toque de Dani con su banda. Bailamos y cantamos hasta las cuatro de la mañana. Una noche hermosa de verano en Santa Ana. Al otro día, domingo, amaneció feo en Montevideo. Yo estaba en Salto, en casa de Ale, tomando mate cuando recibí un SMS: «Tía, ¿en qué andás?». Era Nacho. «Acá, tomando mate, ¿y vos?». «Organizándome», me contestó. Eran tipo 10:30, así que le di un par de manijazos para que sacara el pasaje. «Estoy desayunando», me respondió. Yo había entendido su SMS: o era para que le diera un manijazo o era una invitación para ir con él. «Negro, esta vez te abandono», le puse. «¡Ay, nooo!», me respondió junto a una carita triste.

Bastó ese SMS para que me levantara, diera una vuelta en círculo por la cocina (como recalculando) y me sentara con la compu a ver los pasajes. Yo ya había mirado que salían los domingos y volvían los sábados; tenía que estar el siguiente domingo en Punta del Este porque Silvita festejaba sus sesenta, así que llegaba perfecto. Nacho me había dicho que quedaban pasajes. Eran las 12:00 y yo tenía que estar

a las 14:30 en Tres Cruces. Di otra vuelta en círculo en la cocina de Ale. «Me voy contigo a Rosa», le mandé. Llamé a TTL (la web no me habilitaba el pasaje) y lo reservé por teléfono. Le pedí a Nacho que me pasara una foto de su cédula y saqué los lugares: dos pasajes a Praia do Rosa, uno subía en Tres Cruces y el otro en Punta. Eran las 12:45. La chica, muy amable, me advirtió: «Tiene que estar 14:30 en Tres Cruces, ¿llega?». «Sí», contesté. Armé el bolso: dos pareos, un par de bikinis, algo lindo para salir, el protector, un sombrero y no mucho más. Como me había comprometido con María en que iba a hacer un video con fotos para el cumple de Silvita, en otra mochila metí la compu.

Llegué a Tres Cruces, cambié plata y me fui. Ver la cara de Nacho cuando se subió en Punta del Este valió todo el apuro. Algunas cosas cambiaron: ahora el bus te deja en la estación de servicio y ya no hay que cruzar la ruta; además, en vez de taxi están los Uber, que por cierto son más económicos.

En Rosa la pasamos genial. Peleamos y todo, y la semana fluyó de maravilla. Charlamos, dormimos, comimos, tomamos cerveza, nos reímos, caminamos por la playa, nos bañamos en aquel mar y, por supuesto, nos sacamos fotos. Valió cada minuto. Rosa estaba hermosa: la playa, el mar. Nos tocaron unos días preciosos. El viernes a Nacho se le ocurrió ir para Floripa; ahí peleamos porque no nos daba el tiempo. En el bus de vuelta, ya la pelea se había convertido en complicidad.

Rosa otra vez. Una Rosa sin José. La misma Rosa con otra yo.

Jericoacoara

Silvia cumplía 60. Para festejarlo, decidió a mediados de año alquilar una casa en Jericoacoara y nos invitó. El cumpleaños era en febrero. Yo estaba sin trabajo, así que no me comprometí en ese momento. Llegó febrero. El cuórum era reducido y Silvita alquiló un departamento en Punta del Este para el festejo local. Yo me había ido con Nacho para Punta y volví para el día del festejo. Aun así, la invitación a Jericoacoara estaba activa.

—¿Venís? —me dijo Germán esos días en Punta.

Yo en el autobús de vuelta de Floripa, que son como 11 horas, había tenido una idea brillante: ¡las millas! Las millas podrían ser una oportunidad para ir a Jericoacoara. Con las millas y un poco de dinero podría festejar con Silvia sus 60. Estando en Punta se lo comenté a Silvia:

—Estaba pensando que capaz con millas puedo sacar el pasaje.

—¡Siii! —exclamó Silvia ilusionada.

María no podía ir y Andrea iba unos días desde San Pablo. La noche previa a su viaje, salimos a cenar. Cuando me subía al taxi, Silvia me gritó:

—¡Nos vemos en Jericoacoara!

Fue el fosforescente que encendió la llama. «Si consigo un pasaje con millas, me voy», me dije. Llegué a Salto, donde me estaba quedando ese verano, a buscar pasajes. Parecía no viable. Me acosté a dormir. Al día siguiente me levanté y volví a la búsqueda. Los pasajes a Jericoacoara eran imposibles. Ir a Fortaleza y después por tierra a

Jericoacoara parecía una opción. Aun así, parecía inviable.

En esa búsqueda me di cuenta de que llamando a la agencia podía usar las millas igual. Llamé. Un chico muy amable me pasó varias opciones. La cosa tenía que ser con millas. De otra forma, no. Insistí con otro muchacho de otra sucursal. ¡Y al final se dio! Me consiguió el pasaje a Fortaleza. Ahora tenía que llegar a Jericoacoara. Me contacté con algunas agencias de transporte brasileñas y el pasaje era razonable: ¡250 reales en transporte compartido! Excelente. Confirmé el vuelo. Al día siguiente me iba. Avisé a mis padres, a Gabi y a mis hermanas, armé la mochila y al día siguiente me fui.

Estaba tan nerviosa que llegué al aeropuerto 3 horas antes y me fui directo al lado de la puerta de embarque. Casualidad o no, al lado estaba la sala VIP. Me acordé de que Luli me había dicho que con la tarjeta Itaú tenía acceso, así que entré. Me senté mirando la pista de aterrizaje, almorcé, iba a tomarme un vino, pero estaba tan nerviosa que decidí que no. Primer paso: avisarle a Andrea, entre otras cosas para que me diera la dirección. Le mandé un WhatsApp con mi foto en el aeropuerto y un mensaje: «Andre, mirá dónde estoy, no le digas a Silvi así le damos la sorpresa». Intercambiamos mensajes y me puse a buscar transporte Fortaleza-Jericoacoara cuando me di cuenta de que el vuelo llegaba de madrugada. 1:45. Me asusté. ¿Cómo iba a llegar de madrugada a Jericoacoara? ¿Serían confiables los transfers? Me asusté. Le escribí a Andrea:

—Andre, estoy viendo transfers, ¿cuál me recomendás?

—No tengo idea —me contestó—. Yo iría al que tiene logo —me escribió enseguida en respuesta a un par

que le había mandado yo—. Fijate las evaluaciones —me dijo.

Después, silencio. ¡Me estaba dejando sola resolviendo! ¡AAAAAAHHHHH! Y yo no me iba a poner a mirar las evaluaciones. No lo iba a hacer. Solté. Dejé descansar un poco el tema del traslado. Me comí un alfajor. Cuando volví al celular, ¡había 18 WhatsApps de Andrea con opciones de transfer! Y un mensaje: «Mirá que yo llego mañana». Me reí, respiré y agradecí. Ellas siempre están. Con esto, el transfer estaba resuelto. Alguno de esos 18 me iba a llevar. Pasaron dos minutos y llegó otro mensaje:

—¿Dónde vas a dormir hoy?

No tenía ni idea. Igual le respondí:

—Es lo que estoy viendo, quedate tranquila.

Mentira. No había visto nada todavía. Recién tenía, teóricamente, resuelto el transfer. El cerebro no me daba todavía para resolver el hotel. Y todavía tenía tiempo: otra escala era más que suficiente para resolver dónde dormir. Sacar los pasajes con millas tenía esa ventaja. Y le siguió una seguidilla de mensajes de Andrea: opciones de dónde dormir, indicaciones, su hora de llegada, etc. «Tratá de salir de Fortaleza al mediodía así llegamos juntas a Jericoacoara» era el último mensaje. Yo no estaba sola. Nunca había estado sola.

Contar cómo llegué a Jericoacoara es muy largo. El resumen es que llegué bien. Mi transfer me dejó en una esquina (por cierto, a Andrea la llevó hasta la puerta de la casa y además le cargó el carry-on). Pero ese es otro cuento. Tenía la dirección que Andrea me había pasado, pero ya no tenía internet. Con los datos que tenía busqué la casa, vi unos pareos que me

sonaron familiares. Husmeé, no salió nadie. La casa estaba frente a la playa; tras unos médanos, el mar. Husmeaba por ahí cuando salió un señor que claramente me vio despistada:

—¿Você está procurando a Silvia?

—¡Sí! —contesté feliz.

Era la casa de Silvia y él, el cuidador. Sabía que iba a llegar una amiga, Andrea, y andaba atento. La casa parecía vacía. Me abrió la puerta y me dijo: «Deben haber ido a almorzar, pase». Entré. Parecía no haber nadie. Busqué un baño y me topé con el cuarto de Gabriel, que dormía plácidamente su siesta. Fui al baño silenciosa, dejé mi mochila y me fui. Me daba cosa esperarlos adentro si ellos no estaban. La casa quedaba frente a la playa. Caminé por la arena. Tras unos médanos, un hermoso mar azul esperaba. «Espero a que venga Andrea», pensé. Le voy a avisar, pero claro, no tenía internet. Así que decidí volver para estar cerca de la entrada de la casa para cuando Andrea llegara; según nuestros horarios, llegaba en poco rato.

Volviendo por los médanos, vi dos siluetas saliendo corriendo desde la casa. Estaba sin lentes. ¡Al acercarme las distinguí! ¡eran las niñas!! . Mica y Marti venían corriendo a saludarme.

—¡Viniste!, ¡sos loca!, ¡h. de p.!

Nos abrazamos. El abrazo de esas niñas valió cada minuto de mi odisea por llegar.

—¿Y Silvita? —pregunté.

—Está durmiendo. Tenemos que avisarle que llegaste. ¿Cómo hacemos? ¿Qué hacemos? Yo voy y la despierto, vos escondete —decían las niñas entre

risas y emoción. Yo no podía creer estar ahí con ellas y ellas no podían creer que yo estuviera ahí. Las tres, llenas de alegría, planificábamos mi encuentro con Silvia.

Entramos al jardín y me escondí tras el ventanal. Mica filmaba y Marti subió a despertar a Silvia. ¡Las tres estábamos nerviosas! Cuenta Silvia que Marti subió y le dijo que tenía que bajar, sin dar muchas más explicaciones. Silvia bajó las escaleras y, al llegar al último escalón, nos vimos. Saltamos las dos, corrimos a abrazarnos, y la risa, como siempre con ella, no nos dejaba hablar. Estaba allá, con ella y su familia, para festejar su cumpleaños y mucho más.

Regalos

Cuando tus hermanas tienen hijos, sabés cómo es: los amás desde el día en que tu hermana te dice: «Estoy embarazada».

Cuando tu amiga te lo dice es parecido, aunque en gran parte lo vivís a través de sus papás. Compartís cumpleaños, vacaciones, los ves crecer y, cuando te querés acordar, un día te hacen un regalo de cumpleaños, te invitan a tomar una copa en una terraza en Madrid, comparten con vos sus vivencias con un vino en una terraza en Punta Colorada o te van a buscar en auto cuando estás sola en un viaje que recién empezás.

Te encontrás con ese «tía» robado y solo te sale agradecer.

«Hola, Claudi»

Ese fue el mensaje que recibí una tarde en Madrid.

Era Nadine, la hija de Andrea y Alberto. Nadine y Andrea son las únicas que me dicen «Claudi». «¿Querés ir al Jardín Botánico? Mami quería ver las rosas».

Aquella chiquita que nos visitaba en Navidad se había convertido en una mujer independiente. Pasamos la tarde juntas. Me habló de su novio y de su trabajo, y yo le conté alguna anécdota de su mamá. Me rezongó, tal como me rezonga su madre.

En el jardín no había rosas, pero no hacían falta: estábamos nosotras. Nos sacamos fotos para mandarle a Andrea. «Cuando venga mami la voy a traer», me dijo.

Se nos hizo de noche y me invitó a tomar algo en una de las terrazas madrileñas. Hacía calor y compartimos un cóctel. Me abrazó su compañía, su manera de estar ahí. «Voy a tener que volver cuando haya rosas», le dije. «Sí, cuando venga mamá».

Una cajita

Marti y Mica son las hijas de Silvia y Germán. Vienen a mis cumpleaños desde que nacieron. Con sus ojazos y su ternura crecieron, y tuve la fortuna de compartir muchas vacaciones con ellas. Marti, con su dulzura y sus silencios; Mica, con su impetuosidad y temperamento. Dos soles que dan su luz de formas diferentes.

Marti pasó sus quince años en La Pedrera con amigas. A Silvia se le ocurrió caerle de sorpresa y a todos nos pareció genial. El Woody, María, Silvia y yo caímos con una torta a las nueve de la mañana. Entramos por una puerta trasera, esquivando criaturas desplomadas y botellas vacías.

—¡Silvia! —dijo la única que nos registró—. Marti está allá.

Entramos a un cuarto: Silvia, María, Woody y yo. Cinco niñas dormían en una cama de dos plazas y un par más en el suelo.

—¡Que los cumplas feliz! —gritamos a coro con la torta en la mano.

Marti entreabrió los ojos. Nosotros nos reímos; ella también. Se levantó, nos dio un beso y nos regaló un suave «gracias», un tanto sonámbula. Nos volvimos a reír y salimos de aquel rancho por la misma puerta trasera por la que habíamos entrado.

Años más tarde, Mica cumplió quince años. Con la experiencia de su hermana, fue más astuta: nunca nos dijo dónde estaría. Nos invitó a la fiesta y ahí estuvimos todos.

Para mis sesenta vinieron, como siempre. Esta vez con sus novios y una cajita: me habían comprado un anillo. «Lo eligieron ellas», me dijo Silvia. Y el alma se me llenó de alegría. Aquella noche, una cajita me abrazó.

Un vino

—¿Nos vamos con Camila a Punta Colorada? ¿Querés venir? —me dijo Gabi hace un par de veranos.

Y nos fuimos las tres. Camila, con quien compartí poco durante la infancia, me mostró su luz en largas charlas sobre la vida. Un vino compartido en una terraza de Punta Colorada me descubrió a una criatura llena de vida y con una madurez que me sorprendió. Hicimos compras, fuimos a la playa, nos bañamos juntas las tres y nos reímos. Me hizo sentir lo mismo que su madre hace treinta años: una compañía y una comprensión que no necesitan palabras, solo presencia.

Inquietud & Aplomo

—Te va a buscar Escotito —me dijo Luis un día que me habían invitado a almorzar.

Cuando bajé, me encontré con un chiquito que se había vuelto adulto casi sin que me diera cuenta. A Santi lo conocí cuando era bebé; vivían en Porongos cuando nació. Compartimos vacaciones y todos sus cumpleaños y los míos. Y ahora él me llevaba en su coche.

Hablamos de Punta del Este y de Punta del Diablo. Y, al igual que con sus padres, me di cuenta de que compartíamos los mismos gustos: «Punta del Este es lindo en invierno. Punta del Diablo es lindo siempre».

Aquella inquietud que lo caracterizaba de niño se había convertido en un aplomo que no escondía su vitalidad.

Aquellos chiquitos no solo habían crecido; también me hacían saber que yo seguía siendo parte de su historia.

Y vinieron otros.

Helado de menta

—Ah, claro, ahora es el preferido. Para él, helado de La Cigale y para nosotros, Crufi. ¿Y encima de menta? ¡Helado de menta! —protestaron Luli y Nino cuando supieron del helado que le llevé a Bruno.

Bruno es el hijo mayor de Madi. Luis y Madi nos habían invitado a un asado. «Me gusta el helado de menta», había dicho Bruno en alguna oportunidad, así que le llevé. Como Montevideo es un pañuelo, resulta que Bruno es compañero de liceo de Luli y Nino.

«Gracias, tía Claudia», me dijo Bruno aquella vez. Desde entonces, otro «tía» robado me toca el alma.

«Peti», me dice Fede cada vez que me ve. Fede es el hijo menor. No sé en qué momento empezó a llamarme así; solo sé que, cada vez que lo escucho, viene acompañado de un abrazo.

Dos hermanos diferentes: uno más formal, el otro más bohemio. Ambos con el mismo corazón y la misma generosidad. Los conocí ya grandes; aun así, abrieron su corazón para mí y me lo hacen saber cada vez que los veo.

Y entonces te das cuenta de que el amor de tía no nace solo con la sangre; empieza el día en que sus padres te eligieron y te hicieron parte de sus vidas. Ese día te los regalaron; lo demás vino solo. Y un día te encontrás con ese «tía» robado y solo te queda agradecer.